

Progreso de más cuenta ciertamente que todos éstos ha sido el de las fundiciones de hierro. Porque si bien existieron de antiguo fraguas en Inglaterra, no llegaron á prosperar, ni el Gobierno, ni el país á mirar bien esta industria, debido á que, como aun no había comenzado á fundirse con carbón el mineral, el rápido consumo de la leña ponía en cuidado á los hombres políticos. Ya en tiempo de Isabel se formularon quejas, porque se talaban bosques enteros para el consumo de las fraguas, y el Parlamento intervino para prohibir á los herreros quemar madera de construcción; lo cual dió por resultado la decadencia de la industria, de tal modo, que cuando pasó de esta vida Carlos II mucha parte del hierro que se empleaba en Inglaterra iba del extranjero, y la cantidad que se fundía en el país anualmente no parece haber excedido de diez mil toneladas. En nuestros días se considera en decadencia el comercio del hierro, si la producción anual baja de un millón de toneladas (1).

Pero, aun nos queda por mencionar un mineral, acaso de mayor importancia que el hierro mismo, es á saber: el carbón de piedra, que si bien no estaba muy en uso á la sazón en las diversas manufacturas establecidas, era ya el combustible ordinario en ciertas comarcas que tenían la suerte de poseerlo en abundancia, y en la capital, que podía procurárselo fácilmente trayéndolo por el río. No es exagerado decir que la mitad del carbón que se extraía de las minas se gastaba en Londres, cuyo consumo parecía enorme á los escritores de la época, y se citaba por

(1) Yarranton: *England's Improvement by sea and land*, 1677.—Porter: *Progress of the nation*. Véase asimismo una relación histórica notablemente clara y sucinta de las fundiciones inglesas en la *Statistical Account of the British Empire*, por Mr. M'Culloch.

ellos como prueba de la grandeza y de la importancia de la ciudad imperial, antojándoseles que parecería increíble á todos el número de *chaldrons* que importaba, y que no bajaría de doscientos ochenta mil anuales, ó sea trescientas cincuenta mil toneladas, que fué la cantidad que llegó por el Támesis á los muelles de la capital el año del fallecimiento de Carlos II. Hoy día quema la metrópoli cerca de tres millones y medio de toneladas, siendo el total del producto, conforme á los cálculos más exactos, no menor de treinta millones (1).

XII.

AUMENTO DE LA RENTA TERRITORIAL

A medida que iban realizándose todos estos cambios, iba también subiendo la renta de la tierra, como puede suponerse. En algunas partes decuplicó; en otras apenas llegó al duplo; pero es probable que por término medio haya cuadruplicado.

Y como la mayor parte de la renta que producía el terreno era para los llamados caballeros del campo (*the country gentlemen*), clase de individuos cuya posición y carácter es muy conveniente conocer, porque no pocas veces, en circunstancias muy graves por obra de sus pasiones y de su influencia decidieron de la suerte de la patria, voy á intentar hacerlo.

(1) Véase Chamberlayne, *State of England 1684-1687. Angliæ Metropolis*, 1691.—M'Culloch: *Statistical Account of the British Empire* Parte III, cap. II, (ed. de 1847). La cantidad de carbón importada en Londres el año de 1845 fué, según los informes parlamentarios, de tres millones cuatrocientas sesenta mil toneladas.

XIV.

THE COUNTRY GENTLEMEN.

Mucho nos engañaríamos si creyésemos que tuvieron los *squires* del siglo XVII gran semejanza con sus descendientes á quienes vemos en nuestros días representar sus condados en la Cámara de los Comunes, ó presidir las audiencias trimestrales (1), porque los modernos caballeros del campo (*the country gentlemen*) reciben educación liberal, pasan de una escuela célebre á un colegio famoso, y tienen cuantos medios son imaginables de ser *scholars* (2) excelentes; visitan generalmente las naciones extranjeras; pasan mucha parte de su vida en la capital, y cuando se trasladan al campo, llevan consigo los refinamientos y el buen gusto propio de ella; como que no es fácil hallar residencias más apacibles y risueñas que las casas de campo de la *gentry* inglesa, en cuyos parques y jardines se presenta la naturaleza embellecida del arte, no abrumada de él, revistiendo sus galas más pintorescas, en cuyas habitaciones los cuadros de mérito que los adornan, los instrumentos de música y las bibliotecas bastan para denotar la discreción y cultura de sus dueños, ofreciendo en todas las partes, así de la comodidad interior como de la elegancia, muestra de su sentido práctico y de su refinamiento;

(1) Los *quarter-sessions* son unos tribunales formados de tres jueces de paz, que se reúnen cada tres meses en los condados de Inglaterra para entender en ciertos delitos leves.—N. del T.

(2) *Scholar* tanto puede ser en este caso *estudiante*, como *hombre ilustrado*.—N. del T.

resultado feliz de la unión en que viven por ellos y en ellas lo bello y lo confortante. Mas los caballeros que fueron testigos de la revolución comenzaban por no tener probablemente sino la cuarta parte de la renta que disfrutaban sus sucesores, siendo, por tanto, pobres, si se les compara con los de hoy, y hubieron por necesidad de residir en sus propiedades casi siempre. Viajar por el continente, y residir en Londres ó frecuentarlo, eran satisfacciones y goces que sólo podían permitirse los grandes propietarios, pudiendo asegurarse que entre la muchedumbre de *squires* que desempeñaban los cargos de jueces de paz ó de tenientes reales, no había uno por cada veinte que fuese á Londres más de una vez cada cinco años ó que hubiera estado en París en su vida. En cuanto á la educación, no pocos propietarios de castillos tenían tanta como sus propios criados, y esto era por tal modo á causa de que, á las veces, los herederos de grandes estados pasaban la infancia y la juventud en la residencia señorial de la familia en compañía de preceptores y maestros no más ilustrados que los palafreneros y los guardas, y adquirían de esta manera la instrucción suficiente á escribir su nombre al pie de una providencia. Si los enviaban á la escuela del lugar ó al colegio, volvían por regla general antes de cumplir veinte años para encastillarse de nuevo entre las cuatro paredes de la vetusta sala feudal, y olvidar muy luego, á menos de tener aptitud felicísima, sus estudios académicos en medio de los trabajos y distracciones campestres. Constituía lo principal de sus ocupaciones el cuidado de su propiedad, la siembra, laboreo y cosecha de los granos, y el escogido y la crianza de los cerdos, y los días de feria, vaso en mano, hacer los tratos con los chalanos. Lo mejor de sus goces consistía en la caza y en la más grosera sensualidad; su lenguaje y su

pronunciación eran los que usan los patanes más montaraces de nuestros días; sus blasfemias, sus chanzas groseras, sus invectivas brutales, su lenguaje, en una palabra, sobre ser tosco, inculto y desapacible, tenía tan marcado el acento de la provincia que desde sus primeras palabras se advertía si era quien hablaba del Somersetshire ó del Yorkshire; curábanse muy poco del ornato y comodidad de sus casas, y si acaso lo intentaban, lo cual pocas veces ocurría, luego ponían de manifiesto su mal gusto; la pajaza barrida del establo y de la caballeriza no era extraño que la pusieran en montón al pie de las ventanas de la alcoba, y las coles crecían hasta delante de la puerta principal; sus mesas se cubrían de manjares groseros en abundancia, y quien se convidaba á sí propio a ellas podía estar cierto de buen acogimiento; pero como la costumbre de beber con exceso estaba muy generalizada en la clase á que pertenecían, y sus bienes de fortuna eran escasos para consentirles diariamente la generosidad de embriagarse con sus amigos á fuerza de vino de Burdeos ó de las Canarias, la cerveza fuerte constituía el brebaje usual y corriente; siendo enorme por esta causa la cantidad de ella que se consumía entonces en Inglaterra, y además, porque constituía para las clases media y baja no solamente la bebida ordinaria, como acontece hoy, sino que hacía las veces del vino, del té y de los espirituosos, tan generalizados en la actualidad. En estas comidas, las señoras de la casa, cuyas labores habituales consistían en preparar salazones y guisados, se levantaban con el último plato y dejaban á los caballeros beber y fumar á sus anchas; grosera distracción de sobremesa que no concluía sino cuando los huéspedes caían y rodaban en el suelo.

Sólo raras veces podía entrever la sociedad culta el

country gentlemen, y acaso por eso lo que descubría entonces era más ocasionado á turbar que á ilustrar su inteligencia. Por lo que hace á sus opiniones tocando á la religión, el gobierno, los pueblos extranjeros y los tiempos pasados, no eran producto del estudio, de la observación ó del cambio de ideas con amigos ilustrados, sino el recuerdo de tradiciones seculares puesto en práctica por ellos; y no obstante de ser estas opiniones de los caballeros del campo más propias de niños que de hombres, las sustentaban con la obstinación característica y propia de los que viven henchidos de lisonjas, y odiaban de igual modo, indistintamente, así á los Franceses, Italianos, Escoceses é Irlandeses, como á los católicos, presbiterianos, independientes, bautistas, cuácaros y judíos, sin excluir en sus antipatías á la metrópoli juntamente con sus habitantes; aversión esta última que, más de una vez, produjo resultados políticos de importancia. En lo que á sus mujeres é hijas respecta, eran inferiores en instrucción y aficiones á las criadas de nuestros días, y pasaban el tiempo hilando, cosiendo, haciendo vino de grosellas, salazones y pasteles de venado y jabalí.

Según este retrato, podrá suponerse que el *squire* del siglo xvii no difería materialmente del molinero de nuestros tiempos; mas aun faltan ciertos rasgos importantes, que se añaden ahora para completar el bosquejo de su carácter y que modificarán mucho el primer juicio; pues, á pesar de su ignorancia y de su tosquedad, era en muchos puntos esenciales un cumplido *gentleman*. El caballero del campo formaba en las filas de poderosa y altiva nobleza, y se distinguía por las cualidades y defectos propios de la nobleza. En punto á orgullo nobiliario aventajaba siempre á los Howard y Talbot; conocía los árboles genealógicos y los blasones de todos sus vecinos á muchas leguas

á la redonda, y podía decir con exactitud quiénes se permitían, sin derecho para ello, la licencia de usar tenantes, y quiénes no pasaban de ser nietos de concejales. En calidad de magistrado administraba gratis á los que habían menester de ella una manera de justicia, patriarcal y grosera, que, á pesar de innumerables errores y de fallos á las veces tiránicos, era preferible á la total ausencia de justicia. En calidad de oficial de la milicia, y aunque su jerarquía militar fuese ocasionada por una muchedumbre de circunstancias á mover la risa de los soldados que habían hecho siquiera una campaña en Flandes, creía valer más aún de lo que valía, no sólo á sus propios ojos sino á los de cuantos lo rodeaban. Empero bien será decir que su oficio militar era motivo de burlas injustas, porque no escaseaban tanto aún en los condados de Inglaterra caballeros ancianos que asistieron á reñidos y sangrientos combates: éste, que fué recompensado de su bizarría en la batalla de Edgehill por el Rey Carlos I; aquél, con el cuerpo cubierto de las heridas ganadas en Naseby; esotro, que defendió su castillo hasta que Fairfax le derribó la puerta con petardos. La presencia de estos veteranos con sus espaldas viejas, sus pistolas antiguas y sus vetustas historias de Goring y de Lundsford, imprimía carácter grave y guerrero á las reuniones de la milicia, que sin ellos no lo habrían tenido. Por lo que hace á los jóvenes, que no pudieron medirse con los coraceros del Parlamento Largo, como estaban desde la infancia rodeados de los recuerdos de la guerra civil y oyendo constantemente la relación de cuantas proezas realizaron sus padres, participaban de sus mismas aptitudes y se inspiraban en el mismo espíritu; pudiendo decirse por tanto que el carácter del *squire* del siglo XVII se componía de dos elementos que raras

veces se hallan juntos, es á saber, del plebeyo y del patricio: de aquél, por su ignorancia, su grosería, sus gustos vulgares y su lenguaje inculto y soez; de éste, por las virtudes y los vicios que son generalmente propios y que adquieren gran desarrollo en las personas nacidas y criadas en elevado rango social, y que tienen hábitos de autoridad, de circunspección y de respeto á sí mismos. Podrá parecer difícil á nuestros contemporáneos, que han contraído la costumbre de hallar siempre asociado el espíritu caballeresco á los estudios liberales y á las buenas maneras, el darse cuenta de aquellos hombres que con la traza, el vocabulario y el acento propios de los mozos de cuadra, eran puntillosos en materia de genealogía y de precedencia, y estaban siempre dispuestos á perder la vida por la honra de su casa y de su apellido; pero es lo cierto que sólo asociando por tal modo cosas que nuestra manera de ser presente rara vez ó nunca nos muestra unidas, podremos formarnos una idea exacta de aquella nobleza rústica que constituyó la fuerza principal de los ejércitos de Carlos I y que defendió largo espacio de tiempo con singular fidelidad la causa de sus descendientes.

Estos caballeros del campo, rústicos, sin educación, forzosamente sedentarios, eran por lo general *torres*; pero, aunque unidos con estrecho vínculo á la monarquía hereditaria, no se mostraban benévolos hacia los cortesanos y los Ministros: pensaban, no sin razón, que Whitehall estaba lleno de las gentes más corrompidas del género humano; que de las cantidades votadas por el Parlamento para la Corona desde la Restauración habían aprovechado no poco los especuladores políticos, los bufones y las cortesanas venidas del extranjero, y se indignaban sus altivos corazones ingleses con la idea de que los gobernantes de su

patria recibieran órdenes del francés. Y como con ser antiguos caballeros ó hijos suyos censuraban de un modo acerbo la ingratitud que mostraron los Estuardos con sus mejores amigos y sus parciales más adictos, los que oían sus quejas y les entendían murmurar sin rebozo del mal pago que recibían de aquellos por quienes hicieron tantos sacrificios, y de las prodigalidades que merecían los bastardos de la Nell Gwynn y de la Carwell, hubieran podido suponerlos dispuestos á volver sus armas contra el Rey; pero es lo cierto que todo su enojo desaparecía como por arte mágica, no bien peligraba el trono; que precisamente cuando aquellos á quienes el Soberano había colmado de riquezas y de honores se alejaban de él, era cuando los caballeros del campo, que tan enojados se mostraban durante su prosperidad, acallaban sus resentimientos y acudían resueltos y animosos á defenderlo. Así fué cómo, después de haber murmurado durante veinte años contra el mal gobierno de Carlos II, fueron en su auxilio aquel día de supremo peligro en que sus secretarios de Estado y sus lores de la Tesorería lo abandonaron, poniéndolo en el caso de alcanzar sobre la oposición una victoria completa. Y es indudable que habrían mostrado por su hermano Jacobo la misma fidelidad, si éste hubiera querido abstenerse, siquiera en los últimos momentos, de ultrajar sus creencias más profundamente arraigadas; porque había para los caballeros del campo una institución, solo una, que reverenciaban y acataban más aún que la monarquía hereditaria, y era la iglesia de Inglaterra; reverencia y acatamiento que no provenía del estudio y de la meditación, pues muy pocos hubiesen acertado á explicar el respeto que tenían á sus doctrinas, á su ritual y á su constitución con razones sacadas de las Escrituras ó de la Historia ecle-

siástica. No deberá, sin embargo, entenderse por esto que fuesen los caballeros del campo, considerados en conjunto, puntuales y estrictos guardadores del código moral, que es común á todas las iglesias cristianas; pero la experiencia de mucho siglos nos demuestra que los hombres pueden hallarse dispuestos á combatir hasta la muerte y á perseguir sin piedad á sus semejantes por religiones cuyos dogmas no comprenden y cuyos preceptos no cumplen (1).

XV.

EL CLERO.

Más tenaz y violento era en su torismo el clero del campo que no los caballeros, y formaba una clase casi tan importante como la de ellos, si bien considerados sus individuos aisladamente y comparados á los de la otra en igualdad de circunstancias, luego se advierte que disponía de recursos inferiores á los de hoy, pues el principal recurso de la Iglesia consistía en el diezmo y éste se hallaba entonces en proporción mucho más ínfima que hoy con la renta. King calculaba la renta total del clero de las parroquias y de los colegios en cuatrocientas ochenta mil libras al año, y Davenant en quinientas cuarenta mil: hoy día es siete veces mayor que la más elevada de estas cifras, sin que

(1) Los antecedentes que me han servido para trazar el retrato del caballero del campo en el siglo xvii, los he recogido en fuentes harto numerosas para poder citarlas. Debo, pues, limitarme á someter mi trabajo al juicio de quienes hayan estudiado la historia y la amena literatura de aquel tiempo.

la renta del suelo haya crecido en las mismas proporciones. De aquí se sigue que los rectores y vicarios debían ser, relativamente á los caballeros y á los *squires* de la vecindad, mucho más pobres el siglo XVII que no el XIX.

La Reforma cambió por completo el modo de ser de los eclesiásticos. Antes formaban la mayoría de la Cámara de los Lores, rivalizaban por su esplendor y su riqueza, y aun eclipsaban á las veces á los más opulentos Barones temporales, y ejercían los empleos civiles de mayor importancia: el lord Tesorero era generalmente Obispo, aconteciendo lo propio con el lord Canciller; y eclesiásticos también el lord del Sello privado y el Archivero mayor (*Master of the Rolls*) (1), y los que trataban de los asuntos diplomáticos más importantes; como que se reputaba en realidad cosa correspondiente á los teólogos toda esa parte tan considerable de la administración pública que los nobles incultos y guerreros no tenían condiciones de dirigir. De consiguiente, como los más de aquellos para quienes carecía de atractivo la vida militar, y que deseaban al propio tiempo elevarse á los principales cargos del Estado, se ordenaban, abundaba el clero en individuos pertenecientes á las primeras familias de Inglaterra, no escaseando tampoco en él parientes cercanos de sus Reyes, y buena prueba dan de ello los nombres ilustres de los Scroops, de los Nevilles, Bourchiers, Staffords y Poles, que pertenecieron á la jerarquía eclesiástica. Y como, además, le correspondía en aquella sazón, con las rentas de inmensos bienes, la mayor parte de los diezmos que se hallan ahora en manos de laicos, no hubo hasta el me-

(1) Así se denomina la segunda dignidad judicial en Inglaterra.—N. del T.

diar del reinado de Enrique VIII ninguna carrera de más atractivo para los ambiciosos que la eclesiástica. Pero en aquel punto, por obra de una revolución por todo extremo violenta y trascendental, y con la supresión de los monasterios quedó privada la Iglesia de la mayor y mejor parte de su patrimonio, y por ende también de su predominio en la alta Cámara, no volviendo á verse más entre los pares del reino, ni en posesión de rentas iguales á las del magnate opulento, á ciertos abades como los de Glastonbury ó de Reading; quedando desvanecido el esplendor casi regio de un Guillermo de Wykehans y de un Guillermo de Waynflete, y desapareciendo de la escena el capelo y la cruz de plata de los legados. Antes, por el solo hecho de que supiera un hombre leer, entendían todos que había de ser necesariamente de la Iglesia; pero en una época que producía seculares tales como Guillermo Cécil, Nicolás Bacon, Rogelio Ascham, Tomás Smith, Gualterio Mildmay y Francisco Walsingham, no se hacía necesario privar las diócesis de sus prebendados para que negociasen con el extranjero, dirigiesen los negocios de Hacienda y administrasen la justicia; por cuya causa perdió el clero el predominio y la influencia que es recompensa natural del saber, cesando de ser el carácter episcopal condición indispensable para obtener cargos civiles de importancia, y comenzando á parecer desde aquel punto impropio á merecerlos y á conseguirlos. Y como por otra parte cesaron los móviles mundanos que antes habían impulsado á tantos jóvenes de reconocido mérito, ambiciosos y de familia ilustre á tomar el hábito eclesiástico, ni había ya una parroquia por cada doscientas que pudiese ocurrir á las necesidades del rango de un noble, siendo acaso los oficios más elevados los más mezquinamente retribuidos, sobre todo comparándolos con la manera

de aureola de gloria, de pompa y de magnificencia que rodeó en lo antiguo á los príncipes de la jerarquía, ya no ingresaban en ella; como que parecía mezquino el esplendor de Grindall y de Parker á los que recordaban el esplendor imperial de Wolsey, sus palacios de Whitehall y de Hampton-Court, que habían venido á ser residencias favoritas de los Reyes, las tres mesas suntuosamente servidas cada día en su refectorio, las cuarenta y cuatro espléndidas capas de su capilla, sus pajes y correos vestidos de ricas libreas, y sus guardias con doradas alabardas. Perdido el atractivo que tenía la carrera sacerdotal para las clases elevadas, apenas hubo, durante el siglo que siguió al advenimiento de Isabel, una sola persona de familia noble que recibiese las órdenes. A fines del reinado de Carlos II eran Obispos dos hijos de Pares del reino, y cuatro ó cinco disfrutaban de pingües beneficios; pero tan contadas excepciones no tenían eficacia para neutralizar el disfavor en que había caído la clase, pues, considerada en conjunto, se la calificaba de plebeya. Y, en realidad, para cada sacerdote que hacía papel de caballero, diez no pasaban de ser sirvientes á sueldo, en razón á que mucha parte de los ministros que carecían de beneficio, ó cuyos beneficios eran tan escasos que no bastaban á subvenir á sus necesidades de una manera decorosa, se refugiaban en las casas particulares; costumbre que, desde hacía tiempo, daba por resultado el rebajamiento del carácter sacerdotal. Ya intentó Laud reformar estas prácticas viciosas, y también Carlos I dispuso, para remediarlas ó restringirlas en lo posible, que solamente las personas de rango muy elevado tuvieran capellanes particulares (1); pero no es menos cierto que se olvidaron luego tan

(1) Véase á Heylin, *Cyprianus anglicus*.

laudables acuerdos, influyendo tal vez mucho para ello el que, durante la dominación de los Puritanos, la mayoría de los ministros desposeídos de la Iglesia de Inglaterra sólo pudo hallar abrigo y pan entrando en las casas de los caballeros realistas, y que la costumbre que contrajo la clase en aquella época de turbulencias durase hasta después del restablecimiento de la Monarquía y del episcopado. Y, en efecto, la práctica era perjudicial en grado sumo al decoro de los eclesiásticos; porque si en las casas de aquellos á quienes animaba espíritu liberal y que tenían cierta cultura se veía tratado el capellán con urbanidad y afecto, estimándose su conversación, sus conocimientos literarios y sus consejos por cumplida y generosa correspondencia del hospedaje y del salario que le daban, en las de los *squires* groseros é igno-rantes del campo no sucedía otro tanto, pues siempre hallaban el modo de conciliar la dignidad con la tacañería. Un joven levita (esta era la frase con que los designaban) podía estar adscrito á su casa por la comida, una mala vivienda en el desván y diez libras al año, y mediante tan mezquina retribución debía, no sólo cumplir las obligaciones de su ministerio, sino es ser el más silencioso de los oyentes, aparejado siempre y dispuesto en toda ocasión, haciendo bueno, á jugar á los bolos con la familia, ó al tejo, si llovía, esto sin perjuicio de ahorrar el gasto del jardinero y á las veces hasta del mozo de cuadra; que así caía bajo su jurisdicción la poda de los albaricoques y la limpieza de los caballos, como el ajustar cuentas con el herrador y llevar recados y encargos á diez millas de distancia. Se le toleraba que comiese á la misma mesa de la familia; pero á condición de que se contentara con lo menos y lo peor, pues si se le hacía plato de carne salada y zanahorias, cuando servían

los criados las tartas y pasteles de queso; abandonaba el puesto y se alejaba de la mesa, donde no parecía más que para dar gracias á Dios por la totalidad de una comida cuya mejor parte no podía tocar (1).

A veces, y al cabo de algunos años del trabajo que acaba de verse, lo proveían de un beneficio con que viviera; pero aun eso había de comprarlo por una manera de simonía que ha suministrado inagotable capítulo de chanzas á tres ó cuatro generaciones de satíricos. Porque, como al posesionarse de su curato y al propio tiempo, tomaba esposa, lo hacía eligiendo la compañera de sus días futuros en la domesticidad del señor, aconteciendo no pocas veces que la preferida de su corazón había estado antes en mucho favor con el amo de todos. Pero sea de esto lo que quiera, es lo cierto que la índole misma de los enlaces que tenían costumbre de contraer los eclesiásticos de aquel tiempo, es la prueba más cierta de la posición que ocupaba el clero en el sistema social de entonces. Y si lo expuesto no fuese bastante á demostrarlo, contribuiría mucho á ello el testimonio de un individuo de la Universidad de Oxford, el cual escribía pocos meses después del fallecimiento de Carlos II, quejándose no solamente del desprecio que mostraban por el ministro de su parroquia los procuradores y curadores del lugar, sino de lo que aun se le antojaba peor, esto es, del consejo que más inculcaban las madres en las doncellas de buena y honrada familia, el cual consistía en no alentar por modo ninguno á los pretendientes ordenados; preocupación eficaz á que la olvidadiza del precepto fuese considerada de igual

(1) Eachard: *Causes of the contempt of the clergy*.—Oldham: *Satire addressed to a friend about to leave the University*.—Tatler, números 255-258.—El gran Duque Cosme observa en sus viajes que el clero inglés era de baja extracción. Apéndice A.

modo que si hubiese manchado la limpieza de su fama con amores ilícitos (1). Clarendon, que no era por cierto enemigo de la Iglesia, menciona como indicio de la perturbación de los ánimos y de la confusión de las clases, cosas ambas producidas por la gran revolución, algún que otro casamiento de hijas de familia noble con eclesiásticos (2); porque se consideraba la moza de cámara por la esposa más ocasionada para el cura; preocupación que pareció sancionar de una manera solemne la reina Isabel, prohibiendo expresamente que los eclesiásticos contrajeran matrimonio con las criadas sin permiso de los amos (3). Así fue que durante algunas generaciones los amorios entre sacerdotes y doncellas de servicio dieron pie á chanzas y burlas tan interminables, que sería difícil hallar en las comedias del siglo XVII un solo ejemplo de capellán que contrajese matrimonio con mujer de clase superior á la de cocinera (4); y todavía en tiempo de Jorge II, el más cáustico observador de las costumbres y de la vida humana, sacerdote á mayor abundamiento, decía que para la doncella de tan dudosos antecedentes ó equívoca reputación que perdía por

(1) A cauidico, medicastro, ipsaque artificium farragine, ecclesie rector aut vicarius contemnitur et fit ludibrio. Gentis et familiae nitor sacris ordinibus pollutus censetur; feminisque natalitio insignibus unicum inculcatur saepius præceptum, ne modestiae naufragium faciant, aut (quod idem auribus tam delicatulis sonat), ne clerico se nuptas dari patiantur.—*Anglicæ Notitia*, por T. Wood, de New College, Oxford, 1686.

(2) *Clarendon's life*, II, 21.

(3) Véanse las órdenes de 1559 en la colección del Obispo Sparrow.—Jeremías Collier, en su *Ensayo sobre el orgullo (Essay on Pride)*, se queja de estas órdenes con tanta amargura, que descubre la poca eficacia con que quiso vencer y reprimir su orgullo.

(4) Roger and Abigail, en la *Scornful Lady*, de Fletcher; Bull y la nodriza, en la *Relapse*, de Vanbrugh; Smirk y Susana, en las *Lancashire Witches*, de Shadwell, pueden citarse como ejemplos.

ende hasta la esperanza de hacer buena presa en el mayordomo ó en el mozo de comedor, era siempre un recurso el capellán en las casas de los Grandes (1).

Por regla general, el sacerdote que dejaba de ser capellán de casa particular para tomar un beneficio y esposa con él, presto comprendía que no mejoraba de suerte, sino que trocaba una clase de tormentos por otros, pues no había en Inglaterra un curato por cada cincuenta que permitiese á su titular mantener sus obligaciones de una manera decorosa y conveniente; como que á medida que se multiplicaban los hijos y crecían, se tornaba más mísero el hogar del ministro y se hacían más grandes los agujeros de la techumbre de cañamo de su cabaña y los de su sotana; y las más de las veces, sólo á fuerza de cultivar la tierra, de engordar cerdos ó de acarrear estiércol, conseguía ganar el pan de cada día; trabajo que no era eficaz, empero, á impedir que acaso invadieran su pobre vivienda el escribano y el alguacil para embargarle hasta la *Billia* y los arreos de escribir. Y era tan mísera y triste su existencia, que cuando lograba entrar en la cocina de un magnate y que sus criados lo regalasen con cerveza y fiambres, aquel día era de mucha ventura para él, memorable para sus hijos y digno de ser inscrito en las efemérides de la familia por uno de los más felices. Su prole se criaba como la del último labriego: los hijos araban y las hijas servían de criadas: estudiar no podía, porque apenas si le hubiera producido la venta de su beneficio con qué comprar una colección de libros apropiados á su carrera, debiendo estimarse por muy dichoso cuando en la cornisa de la campana del hogar, entre las ollas y los peroles, guardaba una docena de volúmenes mal-

(1) *Sivil's Directions to servants.*

tratados y casi deshechos. En tan desventajosas condiciones, el hombre adocenado, pero ganoso de adquirir conocimientos, nada era posible que hiciese, y el que se apartaba de lo vulgar, luego se tornaba rústico y esterilizaba lo aprendido por no tener ocasión de cultivarlo.

No diré con esto que careciese la Iglesia de Inglaterra entonces de ministros de mucha ciencia y saber; sino que no se hallaban en las poblaciones rurales, y sí sólo en aquellos puntos importantes en que había grandes medios de adquirir conocimientos y muchas ocasiones de lucirlos (1). En esos puntos no era extraño encontrar ministros capaces por sus cualidades, su elocuencia, su profundo conocimiento de la literatura, de la ciencia y de la vida de luchar victoriosamente por su Iglesia contra herejes y escépticos, de atraerse la voluntad de auditorios frívolos; de guiar las deliberaciones parlamentarias, y de hacer respetar la religión hasta en la corte más disoluta. Porque, mientras se hallaban estos profundamente versados en las controversias bíblicas, sondaban aquellos los abismos de la metafísica sagrada, y esotros inundaban de luz los lugares más oscuros de la historia eclesiástica; y si los unos eran peritísimos en la esgrima de la lógica, los otros cultivaban la elocuencia con tanto empeño y éxito tan feliz que sus discursos podían brillar entre los modelos del bien decir. Estos hombres eminentes abundaban y tenían su asiento natural en las Universidades, en las grandes catedrales ó en la metrópoli. Barrow murió por entonces en Cambridge; Pearson salió de allí para ir á sentarse en el banco de

(1) Llama mucho la atención de Eachard esta diferencia entre el clero del campo y el de las ciudades, y acontecerá lo propio á cuantos estudien la historia eclesiástica de la época.

los Obispos, y allí residían Cudworth y Enrique More; South y Poccocke, Jane y Aldrich residían en Oxford, Prideaux en el claustro de Norwich, y Whitby en el de Salisbury. Pero la reputación de elocuencia y de saber del clero anglicano la sostenía el de Londres principalmente, mereciendo por ello que se hablara de él como de una clase aparte. Ni podía tampoco ser de otro modo, pues los principales púlpitos de la capital los ocupaban á la sazón hombres por extremo notables, entre quienes y en gran parte se designaban las altos dignatarios de la Iglesia: Sherlock predicaba en el Temple; Tillotson en Lincoln's Inn; Wake y Jeremías Collier en Gray's Inn; Burnet en los Rolls; Stillingfleet en la catedral de San Pablo; Patrick en San Pablo, barrio de Convent-Garden; Fowler en San Gil de Cripplegate; Sharp en San Gil *in the Fields*; Teinson en San Martín; Sprat en Santa Margarita, y Beveridge en San Pedro, de Cornhill. De estos doce oradores, todos ellos personajes de fama en la historia eclesiástica, diez llegaron á obispos y cuatro á arzobispos. Al propio tiempo las únicas obras teológicas de cuenta que produjo el clero del campo fueron las de Jorge Bull, que fué más adelante obispo de Saint David, y sin embargo no hubiese podido Bull producir nunca sus obras á no haber heredado una finca, que vendió para ir adquiriendo con su producto una biblioteca verdaderamente considerable (1).

Como se ve, hallábase dividido el clero anglicano en dos clases, que diferían grandemente una de otra en conocimientos, costumbres y posición social: la de

(1) Nelson. *Life of Bull*. En orden á la dificultad extrema que tenía el clero del campo para procurarse libros, véase la *Vida de Tomás Bray*, fundador de la Sociedad para la propaganda del Evangelio.

las ciudades y de la corte, que comprendía hombres familiarizados con las ciencias antiguas y modernas, capaces de discutir con Bossuet y con Hobbes; hombres que acertaban á exponer la majestad y belleza del Cristianismo con tanta elocuencia, precisión y energía que, por oírlos, hasta el mismo Carlos se arrancaba muchas veces á la molicie, y Buckingham daba treguas al sarcasmo; hombres, finalmente, cuyo tacto, cortesía y discreción eran ocasionados á dirigir la conciencia de los ricos y de los grandes; con quienes Halifax gustaba de discutir los más intrincados problemas de la política internacional, y de quienes aprendió Dryden el arte difícil de escribir, como él mismo reconocía y declaraba (1); y la del campo, consagrada enteramente á trabajos más humildes y rudos. Pero con estar dispersa por las aldeas y formada principalmente de individuos que no eran ni más ricos ni de mejor educación que los colonos y labriegos algún tanto acomodados, esta clase que vivía del mísero producto del diezmo sobre las hierbas y los cerdos, que ninguno de cuantos la formaban tenía ni la más remota probabilidad de ocupar puestos de cierta importancia, era la que mantenía el espíritu de corporación á mayor altura. Porque, mientras entre aquellos teólogos que hacían las delicias de la capital y eran ornamento y orgullo de los claustros universitarios, que habían obtenido ó que podían obtener honores y riquezas, existía un partido, considerable por el número y respetable por el carácter, que se inclinaba con marcada predilección hacia los prin-

(1) He oído decir muchas veces á Dryden, y con muestras de gran satisfacción, que si sabía escribir la prosa inglesa lo debía en reanad á lo mucho que había leído al gran arzobispo Tillotson.—Congreve: *Dedication of Dryden's Plays*.

cipios del gobierno constitucional, que vivía en buena inteligencia con Presbiterianos, Independientes y Bautistas, que había visto con placer implantada la tolerancia completa para todas las sectas protestantes, y que hasta hubiese consentido en hacer algunos cambios en la liturgia para conciliar á todos los disidentes sinceros y honrados, este *latitudinarismo* era odioso al cura del campo, el cual, como estaba más orgulloso de su sotana raída y remendada que sus superiores de sus hábitos episcopales ó de sus insignias cardenalicias; y como tenía conciencia de su tosquedad y de la escasa importancia de su posición social, y estaba en cierto modo identificado con los labriegos á quienes predicaba, se poseía exageradamente de la dignidad de sus funciones sacerdotales, que constituían su título único y exclusivo al respeto de sus feligreses; y como vivía siempre solitario, falto de ocasiones favorables á reformar sus ideas por medio de la lectura ó de la conversación, creía en las doctrinas del derecho hereditario imprescriptible y de la obediencia pasiva, y las enseñaba en su completa desnudez; y como, además, se halló empeñado largo tiempo en guerra miserable con los disidentes de la vecindad, y los aborrecía tal vez más por el daño que les hizo que no por el que le hicieron, nada le ocurría decir en contra de la *Five Mile Act*, ni de la *Conventicle Act* (1), sino era que acaso fuesen poco sangrientas estas leyes. Ocioso parece decir que toda la importancia que le daban las funciones de su ministerio la empleaba con celo extraordinario en provecho del partido *tory*. Error grande sería suponer que, pues el rector rural no estaba considerado como *gentleman*, ni podía pretender la mano de las jóvenes de noble al-

(1) Véase el Apéndice en el tomo iv. — N. del T.

cornia, ni presentarse en los salones de los grandes, y que hubiera de resignarse á beber y fumar con los lacayos y ayudas de cámara, fuese menor su influencia que ahora, pues la que suelen ejercer clases enteras no debe aquilatarse por la consideración de que gozan separadamente los individuos que la componen. Un Cardenal es personaje de más categoría que un fraile mendicante; pero incurriría en gravísima equivocación quien supusiera que ha ejercido alguna vez más influencia en la opinión pública europea el Colegio de Cardenales que la orden de San Francisco: en Irlanda ocupan hoy día los Pares más elevada posición que los sacerdotes católicos romanos, y, sin embargo, hay pocos Condados en Connaught y Munster en los cuales no venciera en las elecciones una coalición de clérigos de una coalición de Pares. Y como en el siglo xvii constituía el púlpito para gran parte del pueblo lo que al presente la prensa periódica, y ninguno de los labriegos que acudían á la parroquia los domingos había visto nunca gacetas ni folletos políticos, y por mal informado que se hallara el cura lo estaba mejor que no ellos, y cada ocho días tenía ocasión de hacerles una plática, siempre que las circunstancias lo requerían, en mil púlpitos á la vez resonaban invectivas contra los *whigs* y exhortaciones á la obediencia del ungido del Señor, en medio del más profundo silencio, lo cual producía un efecto formidable; como que de todas las causas que después de la disolución del Parlamento de Oxford produjeron la reacción violenta contra los Exclusionistas, la más poderosa é incontrastable parece haber sido las predicaciones de los curas del campo.

XVI.

LA YEOMANRY.

No obstante la influencia que los caballeros del campo y los curas de aldea ejercían sobre sus vecinos y feligreses, quedaba en cierto modo y hasta cierto punto equilibrada con la de la *Yeomanry*, esto es, los grandes arrendatarios y los pequeños hacendados, gente por todo extremo viril y noblemente sincera. Los pequeños hacendados que cultivaban por sí tierras de su propiedad, y gozaban de modesto bienestar sin hacer vanos alardes de timbres nobiliarios ni pretender asiento en el sitial del juez, constituían entonces una clase más importante que no ahora. Si hemos de dar crédito á las mejores estadísticas de la época, no había menos de ciento sesenta mil propietarios, los cuales debían constituir con sus familias más de la séptima parte de la población del reino, que vivían del producto de pequeñas propiedades libres. La renta que gozaba cada uno, compuesta del producto de la tierra, de beneficios y salarios, se graduaba por término medio entre sesenta y setenta libras anuales, y se suponía que la cifra de los que labraban su pegujal era más elevada que la de los arrendatarios (1). En cuanto á las opiniones políticas y religiosas de la *Yeomanry*, bastará decir que gran parte de ella se inclinó desde la Reforma en favor del puritanismo, que se afilió al partido del Parlamento durante la guerra

(1) Me sirvo del cálculo de Davenant que es algo más bajo que el de King.

civil, que persistió, después de la Restauración, en asistir á los sermones de los presbiterianos y de los independientes, que sostuvo vigorosamente á los exclusivistas en las elecciones, y que continuó, á pesar de haberse descubierto la conjura de Rye House y de la proscripción de los jefes *whigs*, confundiendo en el mismo aborrecimiento, así al catolicismo romano, como al poder arbitrario de los reyes.

XVII.

DESARROLLO DE LAS POBLACIONES.

Con ser grandes los cambios realizados en la vida rural de Inglaterra después de la revolución, aun son más extraordinarios los que se han verificado en las ciudades, porque mientras en la actualidad se aglomera en las principales de provincia que pasan de treinta mil habitantes la sexta parte de la nación, en tiempo de Carlos II no sólo no tenía ninguna capital, excepto Londres, tanta densidad de pobladores, sino que no había cuatro que contasen siquiera diez mil.

XVIII.

BRÍSTOL.

Después de la capital, pero á inmensa distancia, estaban Bristol, á la sazón el primer puerto de mar de Inglaterra, y Norwich, entonces también la primera